

## PREPARATIVOS PARA DESASTRES Y PARTICIPACION COMUNITARIA

Dr. Renato Tasca, OPS/OMS

El desarrollo global de un país está íntimamente vinculado a todo un proceso de planificación, ejecución y evaluación de acciones en las diferentes áreas (políticas, sociales, productivos, etc.). Este proceso, si quiere lograr el objetivo del desarrollo integral, no puede prescindir de la participación activa y consciente de la comunidad en cada una de las acciones mencionadas.

Asimismo, es importante tener en cuenta que un desastre de gran magnitud puede tener un efecto a largo plazo sumamente negativo para el desarrollo de un país. A ese propósito, cabe recordar que el terremoto que asoló a Ecuador en 1987, causó enormes pérdidas económicas debido a los ingentes daños al oleoducto principal de la nación, dejando al país en una difícil situación socio-económica.

Es entonces justificado asumir que, dentro de las distintas actividades necesarias para el desarrollo de un país, se incluya acciones de prevención y mitigación de desastres, asimismo las de preparativos para ellos.

En cada tipo de desastre, ya sea grande o pequeño, que ocurra en zonas más o menos accesibles, es la misma comunidad la principal protagonista tanto como parte afectada, así como primordial fuente de ayuda y socorro. Solamente cuando la comunidad en su totalidad esté consciente de los riesgos a los cuales está expuesta y de lo que se puede hacer para prevenir los desastres y/o estar preparados frente a ellos, se podrá decir que ha logrado un nivel adecuado de protección civil y en consecuencia de haber avanzado un paso más hacia el desarrollo.

Una vez aclarado esto, hay que analizar bajo que estrategia se puede lograr el objetivo de que una comunidad sea activa y consciente frente a la posibilidad de ocurrencia de desastres naturales.

En los centros urbanos es posible lograr que la población llegue a un

nivel adecuado de conscientización y de percepción del riesgo al cual está expuesta, gracias a la poderosa ayuda que pueden brindar los medios masivos de comunicaciones.

Asimismo, la disponibilidad de infraestructuras adecuadas, y de otras facilidades puede simplificar esta tarea.

El verdadero problema se presenta cuando se toman en cuenta poblaciones rurales aisladas, difícilmente accesibles a los medios de comunicaciones y con distintos patrones socio-culturales. A este propósito, es oportuno hacerse algunas preguntas:

¿Cómo se puede actuar para que estas comunidades aisladas lleguen a un adecuado nivel de percepción de los riesgos a los cuales están expuestos? Y además, ¿qué es lo que el poblador de una determinada comunidad rural percibe como "desastre", "emergencia", o "riesgo"?

Sin una adecuada investigación socio-antropológica que nos permita entender en que forma la comunidad enfoca el problema "desastre", no se va a poder planificar ninguna actividad de educación y/o de divulgación.

Por otro lado, no hay que olvidar que el "saber campesino" y la vivencia tradicional siempre representan recursos preciosos para cualquier acción que se quiera desarrollar a nivel de las comunidades rurales. Hay varios ejemplos de como los conocimientos empiricos campesinos tienen un valor y una genialidad indiscutibles. En varias áreas de la sierra central y meridional del Perú, que frecuentemente se ven afectados por aludes o "huaicos", los pobladores han diseñado, a través de las generaciones, sistemas simples de alertas y de evacuación. Como resultado, cuando ocurren esos fenómenos, muy a menudo se observa, a pesar de un elevado grado de destrucción y de pérdidas materiales, un número muy limitado de defunciones o de heridos.

Otro ejemplo es lo de algunas comunidades campesinas de la zona subsahariana de Africa, frecuentemente afectadas por sequias, que han desarrollado sistemas de reservas de alimentos y técnicas de "seguros",

que a pesar de ser muy rudimentarios, resultan muy efectivos para enfrentarse a ese tipo de desastres cíclicos, y de magnitud relativamente limitada.

Por otro lado, hay creencias populares sobre los desastres que son muy arraigadas en la mentalidad rural y que sin embargo son falsas y no se fundamentan en ningún conocimiento, sea científico, o sea empírico. Nos referimos a la errada opinión que hay que vacunar a todo el mundo contra la tifoidea después de un desastre, o que los cadáveres bajo los escombros pueden causar epidemias, entre otros. A raíz de estas creencias o "mitos", como se les quiera llamar, muchas veces la población ejerce una presión tan fuerte sobre las autoridades políticas después de un desastre, que es "necesario" llevar a cabo acciones de socorro inútiles, o hasta dañinas, desperdiciando escasos recursos y a veces, empeorando el nivel de salud de la población.

Es necesario entonces que se hagan esfuerzos para divulgar la información correcta, destruyendo esos mitos y leyendas que obstaculizan el proceso de la conscientización de la comunidad.

Sin embargo, este esfuerzo de conscientización de por sí no es suficiente para obtener resultados concretos. Solo logrando que la comunidad juegue un papel activo en las acciones de preparación, prevención y mitigación se pueden alcanzar los niveles adecuados de protección civil esperados. Todo esto se consigue a través de la organización de la comunidad y de la coordinación de sus esfuerzos en las distintas áreas que hay que tomar en cuenta (análisis de riesgo, inventario de recursos, mapas de riesgo, planes para situaciones de emergencia, etc.). Para ello, probablemente no sea necesario crear nuevos núcleos organizativos, si no que es suficiente aprovechar la estructura social ya existente, motivándola y orientándola para que enfoque el problema en una forma adecuada.

Para concluir analizando más a fondo los planteamientos arriba mencionados, podemos llegar a la conclusión que el "desastre", en el fondo, no es otra cosa que una excusa para que la población (especialmente la más aislada y que vive una difícil realidad socio-sanitaria) mire a su alrededor, conozca los riesgos a los cuales está expuesta, y, ampliando sus propios recursos, tome las acciones para mejorar su situación y en consecuencia, su nivel de vida.